

## DESPUÉS DE LA VICTORIA DEL SOCIALISMO

---

### UNA LECCIÓN DE EXPERIENCIA

---

Si buenos principios son grandes promesas, con excelentes auspicios se inaugura la "Editorial Bayardo" con la *Edición Libertad*, colección de obras que sus iniciadores quieren que por lo escogido de los materiales, lo sano e interesante de los asuntos y la adecuación al *momento* nacional, se imponga en la bibliografía argentina: para quienes sepan que el director de la edición es el doctor Gustavo Martínez Zuviría todo ello estará descontado, pues sobradamente conocidas son las dotes que lo hacen insuperable en asuntos de tal carácter. La primera obra de la colección, objeto de estas líneas, habla de la sagacidad con que se encara la empresa: es la traducción castellana del libro del diputado alemán Eugenio Richter: "Después de la victoria del socialismo". De más está decir que aunque se ocupa de tal hipótesis en Alemania, el interés y la oportunidad del libro son universales.

En concreto, la obra — una novela, — es una confrontación imaginativa de las ilusiones que arrastran a las masas socialistas y la realidad que fluye necesariamente de los supuestos sobre los cuales flotan esos ensueños. La lección es honda y decisiva. Se puede demostrar de muchos modos la impracticabilidad de los principios comunistas, haciendo palpar los desastres de todo orden a que conducen. El año pasado se publicó en Buenos Aires la *refutación del socialismo* del australiano Máximo Hirsch, interesante y clarísima exposición contenida en un reducido folleto al alcance de todas las inteligencias. Pero la fuerza especial del libro de Richter reside en la subjetividad de su insinuante labor de convicción. Lo constituyen las memorias de un obrero, de un entusiasta partidario de la "Democracia Social" que paulatinamente ve desmoronarse ante la ruda realidad el esplendente y fantástico castillo de sus ilusiones. Los hechos se van presentando en un escalonamiento reposado, sobremanera lógico, y puede decirse que las reflexiones — son

poquísimas — del mismo obrero en el decurso de sus memorias están de más, porque la reflexión acompaña suavemente al lector en cada una de las páginas, surge de cada uno de los hechos que van eslabonándose con una precisión dialéctica irreprochable.

Los afiliados al marxismo, los que han dado en llamarse a sí mismos “socialistas científicos” — como dice Unamuno, — suelen mirar como fútil y erróneo todo aquello que tienda a trazar los sistemas a que ha de ajustarse la sociedad futura; y es que si la evolución social no fuese más que la consecuencia de las fuerzas naturales independientes de la voluntad humana, sería superflua toda consideración sobre lo que ha de ser lo porvenir. Este punto de vista meramente especulativo llevaría al abandono de toda actividad, de toda *agitación* inspirada en el propósito socialista; y como el socialismo es ante todo y sobre todo un partido de lucha social, un partido *electoral*, necesita prácticamente brindar a cada afiliado una idea más o menos neta, pero atrayente, de lo que será la sociedad comunista, la organización a que el socialismo se encamina. De ahí que se haya observado con mucha justeza que en el fondo todos los marxistas son utópicos (1). La única diferencia está en que estos últimos elaboraron por sí mismos, a costa de serio esfuerzo intelectual, los esquemas de la sociedad del mañana, mientras que los otros se han apropiado de los esquemas ya hechos. La insubstituible necesidad de un señuelo, de una bandera, de una meta, es lo que hace forjar las ilusiones; la exigencia lógica de sacar las consecuencias de todo principio es lo que traza las engañosas rutas; la tendencia racional a convertir las ideas en actos es lo que lleva de las utopías a los desastres.

Por manera que si en las páginas del libro que nos ocupa nos hallamos ante supuestos semejantes a los entrevistos por los escritores calificados de utópicos, la lección no resulta un exceso de celo, no puede hablarse de caricatura; estamos siempre en el campo de las posibilidades, por desgraciadas que resulten.

El gran ideal socialista es la igualdad, su gran escollo la jerarquía. La igualdad absoluta es la quimera latente en todas las utopías y en todas las esperanzas. La jerarquía, la diferenciación,

---

(1) M. TOUGAN-BARANOWSKY: *L'évolution historique du socialisme moderne*. París, 1913, págs. 121 y 122. Una comprobación de lo que arriba decimos está, por ejemplo, en el libro de CARLOS KAUTSKY: *La révolution sociale* (París, 1912) cuya segunda mitad está dedicada a suponer y planear “el día siguiente de la revolución”.



es requerida tan exigentemente por la misma naturaleza, que el conflicto es inevitable; y cuando se quiere borrar a toda costa la jerarquía, viene por ello mismo a quebrarse la justicia, que es la suprema igualdad. La incipiente evidencia de estas razones aparecería al obrero que escribe las memorias cuando vió el desconsuelo de su nuera porque pierde lo que depositó en la Caja de Ahorros, dinero conseguido a cambio de privaciones, y ante el semejante doloroso caso de su suegro, que soñaba en aumentarlo con los intereses para que después de su muerte lo recordasen por la preocupación afectuosa de haberles guardado sus economías...

El afán de cada individuo en particular es sí, la igualdad; pero la igualdad *a las maduras*. Nos cuenta nuestro obrero, que cuando el gobierno pidió que se inscribiesen las personas para los diversos oficios "en Berlín querían ser cazadores más personas que liebres existen en diez millas alrededor de Berlín. Para satisfacer todas las solicitudes, el gobierno hubiera debido poner un portero en cada puerta, un guardia forestal al pie de cada árbol...; las cantantes se presentaron en gran abundancia; poquísimas quisieron ser enfermeras...; para los oficios duros y difíciles de vidrieros y foguistas, y en general para los trabajos con fuego y piedra, las vocaciones fueron raras. Y todavía fueron menos los aficionados que se encontraron para limpiar cloacas".

Esta dificultad, es la insuperable para el optimista comunismo anárquico al estilo de Kropotkine; ideológica y prácticamente tiene que pasarse al comunismo *centralista*, que esgrime la coerción como regla y móvil de conducta. Así nace el *Estado* socialista, cifra y compendio de rígida, completa y pesada tiranía, que por natural gravitación se va encarnando cada vez en mayor medida en el partido oficial: cuando todos en todo dependen del gobierno es muy difícil derrotar al gobernante.

Una de las dificultades más grandes del comunismo reside en la falta de adecuación entre los fríos cálculos matemáticos y las condiciones dadas de población y de vida.

El utópico Cabet trazó su *Icaria* previsoriamente regular, repartiendo igual población y extensión en cada comuna y en cada provincia; en Berlín el gobierno comunista se encontró con demasiada población, y para remediarlo destierra quieras que no a los trabajadores para otros puntos; pero muchas otras medidas coinciden, como lo referente a la uniformidad del vestuario; recordemos de paso la gran concesión de Cabet en esta materia: a las rubias permitía usar trajes azules, y rojos a las morenas!

El desastre económico se precipita por el exceso de consumo y falta de producción. Ello es fatal: la igual retribución mata indefectiblemente la eficacia. La desaparición de los móviles egoístas tiene que hacer aumentar la coacción: y el trabajo *socialista* vendría a ser un trabajo de esclavitud; y lo que es peor, porque lo torna más improductivo, de esclavitud sin amo definido. Guesde, con más que tolerable ingenuidad, sostuvo que sería improductivo el trabajo socializado si sólo fuese móvil del trabajador el provecho que de él saca, y no la satisfacción del trabajo mismo y de la conciencia de hacer más y mejor que nuestro vecino, de ser útil a los semejantes (1). Parecidas reflexiones hacía en un principio nuestro obrero; pero más tarde se dió cuenta de que “con el salario cierto, el trabajo que no se hace fácilmente hoy se deja para mañana”; y la razón es decisiva: “*ya nadie fabrica su propia felicidad*, sino que está encadenado en el puesto que más conviene a los otros”. El derroche de tiempo, de materiales y de instrumentos por falta de interés en la tarea, que ya en el régimen actual se nota, ¡puede calcularse generosamente a qué grado llegaría bajo la socialización! No es de extrañar que entonces resulten — como aparece en estas memorias, — los médicos y abogados de una negligencia lamentable; hoy ya puede verse lo que va de ellos cuando oficiales públicos y cuando agentes privados.

La frase lapidaria es ésta: la sociedad comunista sería totalmente burocrática, como una vasta y múltiple oficina pública. Y ello permite suponer cómo estaría condenada a la pereza y a la rutina por lo que Ives Guyot llama el *misoneísmo burocrático*, es decir, en términos más llanos y claros, la pachorra oficinesca.

Incidentalmente se refiere el obrero de la novela de Richter al problema agrario, diciendo que los campesinos tienen la pretensión de quedarse sobre su propio fundo y se oponen a su socialización.

Lieb knecht, en un folleto publicado en 1874, comentando las resoluciones del Congreso internacional de Basilea en lo que respecta a la nacionalización del suelo, ya declaraba: “nadie piensa en una desposesión inmediata de todos los propietarios del suelo”, y con-

---

(1) JULES GUESDE: *Essai de catéchisme socialiste*. París, 1912, págs. 49-50. Conviene advertir que poco antes (pág. 45) reconoció como causa de pena en el trabajo la coacción. Kautsky (*ob. cit.*, pág. 152), aunque sin contar solamente con ello,—¡ya es prudencia!—espera que uno de los móviles del trabajo activo del obrero en el régimen soñado sea el *hábito* de trabajar que hereda del sistema capitalista.



fesaba que los demócratas-sociales *serían locos* si quisieran poner en práctica las resoluciones del Congreso de Basilea por medio de la violencia contra la voluntad de los campesinos (1).

Lo que actualmente pasa en la Rusia de los *soviets*, es la demostración acabada del innato anti-comunismo del campesino: todos estuvieron de acuerdo en arrebatar las propiedades a los feudatarios, ¡pero para quedarse con ellas!

El ministro de Rusia en Buenos Aires, señor Stein, en interesante conferencia pronunciada en la Facultad de Derecho, advertía cómo en los campesinos está la fuerza y a la vez el término ineludible del *bolshevikismo* ruso: apoyan a Lenin para no perder en una restauración reaccionaria las tierras adquiridas en la revuelta; mas derribarán a Lenin cuando ya no se les amenace con quitárselas, en protesta contra un comunismo que no admiten.

Y ya que hemos aludido a Rusia, terminaremos notando de nuevo la legitimidad de la fase utópica del libro de Richter. Dijimos antes que todo socialismo es utópico en el fondo. Ahora diremos que toda *práctica* socialista se encamina rápidamente a la utopía, señalando la oquedad del pseudo-científico marxismo. El golpe bolshevik no es una *política socialista* ortodoxa, sino un sueño fantástico; varios han notado su extrema semejanza a la grotesca aventura de Babeuf, el de la "sociedad de los iguales"

Todo esto ya estaba previsto: no es más que la constatación de la bancarrota del marxismo. Se apoyaba en la *ley de concentración* para esperar que bastase con expropiar a unos pocos en beneficio de todos; los hechos le contestaron con la supervivencia de la pequeña propiedad. No es el caso demostrar cómo se ha ido diluyendo y evaporando la teoría en el neo-marxismo; basta recordar — para que se evidencie su vaciedad — la frase de Bernstein, que define el socialismo, no como doctrina, sino como movimiento: "el movimiento es lo esencial, el objeto final no importa nada".

Así se va dejándole de lado por el sindicalismo más efectivo y concreto, más nutrido de utopía, que acentuando el desprecio por los intelectuales — latente en el marxismo, y cultivado por un grupo decadente de bergsonianos — lleva a la glorificación exclusiva del trabajo manual y preconiza la impaciencia de la acción directa.

---

(1) Cf. Compère-Morel: *La question agraire et le socialisme en France*. París, 1912, pág. 116.

¿No es ésta la utopía de la rebelión de los miembros contra el estómago, que originó la primera huelga de los plebeyos romanos?

Por eso es justo el cuadro de Richter: todas las utopías fermentarán en el ensayo, que llevando a la insoportable tiranía, ha de producir la violenta reacción; pero no sin que de la aventura quede la herencia de dolores y desastres que contempló el obrero iluso, muerto en las refriegas del derrumbe, que comenzara festejando en la avenida "Bajo los tilos" el triunfo del emblema rojo de la Democracia-social.

FAUSTINO J. LEGÓN.

---